
CAPITULO XXXIX.

LA FUGA.

Día 21 de Agosto.

Sólo hay energía donde hay vida, y sólo hay para las sociedades modernas vida donde hay libertad.

Huye, huye, Napoleon III. Los hulanos alemanes aparecen y desaparecen á su vista por el camino que conduce de Metz á Verdun. Por fin llega á esta última ciudad más como un fugitivo que como un César. Su hijo le acompaña; ese hijo por cuya corona ha engendrado la guerra que siega un millon de hombres sobre nefastos campos, los cuales desde hoy serán llamados campos de la muerte.

Al llegar, está el Emperador siniestramente pálido, como si viera él mismo la mano de la justicia divina pesando sobre su cabeza. Pide un tren y no hay tren. El jefe de estacion le dice que sólo puede disponer de una máquina y un wagon de tercera clase. Manda que enciendan la máquina y le enganchen el wagon. Apenas ha dormido Napoleon; apenas ha tomado alimento. El jefe de estacion le ofrece su almuerzo. El que tantas veces empuñó copas de oro sembradas de diamantes,

para libar con los reyes de la tierra el vino orgiástico del poder y de la gloria, remoja sus labios secos en la vasija del pobre trabajador que no ha sido amasada ni con sangre ni con lágrimas como las copas de los Césares.

El príncipe imperial empapa un pañuelo en agua, y con ese pañuelo refresca un poco su cara tostada por el sol, y encendida por la picazon del polvo de aquel camino, que es sin duda el camino á cuyo término están el destronamiento y el destierro.

La lógica social es implacable. Los poderes hereditarios han muerto. Los herederos de los tronos en Francia han corrido todos la misma borrasca. La historia no sabe qué fué del primogénito de Luis XVI; no parece sino que murieron hasta sus cenizas. La vida del primogénito de Napoleon I fué un tormento, su muerte un misterio. A los ojos de los reyes aquel hijo de una archiduquesa y un soldado era como un monstruo engendrado por especies distintas y condenado al mal sobre la tierra. El hijo primogénito de Carlos X muer-

re asesinado. Y el primogénito de este primogénito vive hace cuarenta años en el desierto, olvidado del mundo. Otro niño, el Conde de París, heredero del trono de Julio, ha crecido no solamente lejos del trono, sino también lejos de la patria. Y ahora mirad, en esa nube de humo que serpentea por el camino de Verdun á Chalons va otro heredero á compartir la suerte del principio hereditario. Y el Emperador ha sido aclamado en el campamento de Chalons por los soldados. ¿Qué quieren decir esas aclamaciones? Por ventura ¿el campamento desea imponer su Imperator al Congreso? Imbéciles soldados, quieren restaurar con sus bayonetas lo que han derribado los rayos de la cólera celeste.

Día 22 de Agosto.

Decididamente no debemos fiarnos del telégrafo francés. Nos anunció ayer que el Emperador había sido aclamado en Chalons y hoy nos anuncia que ha sido silbado. En efecto, la guardia movilizada compuesta en su mayoría de la juventud republicana, no quiere ser dirigida al combate por ese cadáver del Imperio. En vez de vítores arrojaron á la cara del Emperador la palabra de Cambronne en Waterloo; aquella palabra que le inspiró á Sancho Panza su célebre frase: «peor es meneallo.» Francia, por dignidad, debía enterrar ese Imperio. Putrefacto é insepulto está cor-

rompiendo los aires y paralizándolo con sus miasmas pestilentes, la vida y la salud que necesita un gran pueblo para combatir por su independencia.

Todos hablan y ninguno de los hombres que dirigen la situación se atreve á pronunciar las supremas palabras, la expulsión de los Bonapartes. El general Trochu escribe una proclama contra el poder personal en el momento mismo en que se encarga de organizar la defensa de París. ¿Por qué si el poder personal ha traído á Francia fatalmente á despeñarse en estos terribles abismos, por los cuales hoy rueda; por qué no abolís el poder personal? Lo cierto es que nadie sabe quién dirige á Francia, nadie cuál será la suerte de ese pueblo, los que mueren caen sobre el campo de batalla, sin el consuelo de adivinar por qué se sacrifican, por qué mueren; si por el trono del César ó por la patria de sus padres. Y los momentos son supremos; porque la angustia llega á sus últimos límites. El grueso del ejército encerrado en Metz, el Campo de Chalons en la incertidumbre y en la indisciplina, el cerco de Strasburgo apretado, y el príncipe Real penetrando ya en el corazón de Francia. Si el pueblo francés no recoge ahora la corona de su soberanía desprendida de la frente de sus Cesares, ¡ah! no la recogerá nunca.

CAPITULO XL.

LA DIPLOMACIA Y LA GUERRA.

Día 23 de Agosto.

Aprovechemos hoy la carencia de noticias guerreras para observar la infinidad de amañamientos diplomáticos. Austria é Italia han acordado guardar estricta neutralidad, y si fuérase forzoso abandonarla, darse mutuo anticipado aviso y mutuas explicaciones. Ya lo he dicho cien veces. Ni una ni otra potencia pueden abandonar su neutralidad. Austria bien quisiera tomar de Prusia una ruidosa venganza; mas se lo impiden de una parte el sentimiento patriótico que hierve en los alemanes de su imperio, y de otra parte los magyares, los eslavos, los bohemios, los ruthenos, los polacos, recelosos de que recobre su imperio en Alemania y con él la fuerza necesaria para ahogar las aspiraciones autonómicas en lo porvenir y sus recientes conquistas en lo presente.

Italia aspira á obtener una ventaja en esta guerra, y aspira con razón. De la guerra entre Francia y Rusia obtuvo una esperanza y una palabra en los Consejos europeos; de la guerra entre Austria y Francia obtuvo el Mi-

lanesado; de la guerra entre Prusia y Austria el Véneto; ahora obtendrá de la guerra entre Prusia y Francia Roma. Es inverosímil cuanto han dicho los periódicos reaccionarios de garantías dadas por Austria y Prusia al poder temporal de los Papas. La curia romana ha procedido de tal suerte, proclamando el dogma de la infalibilidad, que Austria ha declarado roto el Concordato y las Iglesias católicas de toda Alemania se inclinan al Cisma, á la separación de la Sede Apostólica. El Papa-rey seguirá al Emperador en su tumba como la sombra sigue al cuerpo. Las bayonetas francesas han dejado de apuntalar el trono del despotismo pontifical, y ese trono se desplomará bien pronto porque no se apoya en las anchas bases de la civilización moderna.

Día 24 de Agosto.

Las operaciones de la guerra son clarísimas. El plan del general Bazaine consistía en ganar Verdun, y desde allí dirigirse á Chalons, para concentrar sus tropas, y reuniéndolas con los cuerpos del ejército francés, dar

la suprema y decisiva batalla. El catorce comenzó esta maniobra. Teníala ya adelantadísima, cuando salieron á disputársela con su habitual encarnizamiento los prusianos. El valor heroico del soldado francés nunca rayó tan alto. Había logrado casi rechazar al enemigo, y solamente la inesperada presencia del general Steinmetz con sesenta mil alemanes pudo restablecer el equilibrio. El día quince hubo también combates, pero parciales y sin ningún éxito decisivo. La batalla más terrible fué la del diez y seis. Duró desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche. Once horas estuvieron las ametralladoras, los gigantes cañones prusianos, los chassepots, los fusiles-agujas, vomitando en siniestro diluvio de fuego la muerte sobre cuatrocientos mil hombres. Entre los dos caminos que conducen de Metz á Verdun, se empeñó este gigantesco combate. Fué indudablemente favorable á los franceses; porque mientras los prusianos combatían aislados, como le sucedió á la division de Brandeburgo, los franceses apoyaban sus cuerpos de ejército unos en otros. La victoria quedó por el ejército francés. El diez y siete, era tal la carnicería, que faltaba tiempo para socorrer á los heridos, para enterrar á los muertos. Por fin, el diez y ocho los ejércitos del príncipe Federico Carlos, del Rey, del general Steinmetz, hicieron un supremo esfuerzo; pelearon nueve horas y consiguieron encerrar á sus enemigos dentro de Metz. Por los partes prusianos, cincuenta mil franceses quedaron fuera de combate. Por los partes franceses, las pérdidas de los prusianos eran innumerables. No recuerda la historia batallas tan sangrientas. No quedaron ni en los campos pútridos donde fueron vencidos los cimbrios, ni en los campos cataláunicos donde fueron vencidos los humnos cien mil hombres muertos. Ese crimen debía cometerlo nuestro siglo. La imaginación se espanta cuando considera, no ya el conjunto de esas matanzas, el incendio, la destrucción, sino los detalles, las minuciosidades terribles,

cuyo relato obligará á los venideros á maldecir nuestro tiempo y á preguntarnos si éramos hombres de la civilización ó fieras de las selvas.

Para guarecerse mejor del fuego enemigo, metiéronse los franceses en grandes fosos. Cuando lo observaron los prusianos, propusieron tomarles tales fortalezas subterráneas. En uno de estos fosos perecieron asfixiados, pisoteados, setecientos hombres. Cuando la batalla se acaba, cuando se pasa lista á las fuerzas, cuando se pregunta, regimiento número tantos, suelen contestar, dos, tres soldados. ¿Qué enfermerías hay capaces de contener tantos heridos? ¿Qué ejército de sanitarios necesita ese ejército innumerable de enfermos? Así los heridos pasan noches enteras abandonados en los campos, doliéndose á gritos y envidiando la suerte del que espira á su lado y duerme ya el sueño eterno. Muchas veces los voraces cuervos se ceban hasta en los vivos. Muchas veces sucumben soldados incólumes, sin una herida, bajo el peso de los cadáveres que como una tromba de fuego arremolina la metralla sobre sus cabezas. Así los heridos son amontonados en carros llenos de paja, que por las malas condiciones de los caminos todos destrozados y casi borrados, van dando tumbos que agravan los males de aquellos infelices, y vertiendo sangre que enrojece la tierra, ya desolada como un desierto.

¿Y qué ha conseguido el general Bazaine con todos estos sacrificios? Ayer nos anunciaba el telégrafo de Londres que había roto la línea prusiana y llegado á Montmedy. Si esto fuera verdad, á pesar de la audacia que demostraría el hecho, no me parece bastante á mejorar su posición. Colocado entre la frontera del Luxemburgo y de Bélgica, arrojaríanlo sus enemigos fácilmente sobre estos países neutrales, donde sería desarmado con arreglo al derecho internacional europeo y por consecuencia vencido. No deben los franceses forjarse ilusiones. Ningun momento de su

vida fué tan grave; ningun día de su historia tan siniestro. El ejército del Rhin no ha podido reunirse con el ejército del Marne. Las líneas prusianas son tan profundas, que no ha podido atravesarlas. Estrasburgo se desploma bajo el fuego del enemigo. Toul sufre apretado cerco, y Phalsburgo se rinde. Las avanzadas del príncipe heredero, el cual acaba de conferenciar con su padre el rey de Prusia delante de Metz, llegan á cinco ó seis leguas de Chalons. Las tropas vencidas en Wisemburgo, Woerth y Forbach se retiraron á Chalons, y de Chalons se retiraron ahora á Reims, y mañana de Reims se retirarán á París. La defensa de esta ciudad será inútil, si no se arma á todos sus habitantes. Y el gobierno tiene miedo á París en armas. Todo cuanto se hace por la defensa de la gran Ciudad se halla reducido á derribar los árboles de sus paseos y á levantar montones de tierra á sus puertas. En el Comité de de-

fensa se encuentran nombres como el de Gerónimo David, cortesano imbécil, que ha querido ocultar á Francia entre las nubes de incienso quemadas á su ídolo, el César de la perdición y de la ruina ¡Oh! Si los hombres del noventa y tres han desaparecido; si el espíritu de la Convención se ha apagado; si la tribuna de Danton calla, y el genio de Carnot se hunde en los recuerdos de un pasado que parece hoy fantástico ensueño, ante la incertidumbre y la poquedad de los contemporáneos, todos gastados por el opio del Cesarismo; si no hay republicanos de temple en esa nación, que sólo bajo la bandera de la República venció á los reyes del Norte tres veces traídos vencedores á su seno por el maldito Imperio; sino por la inspiración de las grandes ideas, y el valor de las resoluciones supremas, Dios, sólo Dios puede ya salvar por un milagro la Francia.